

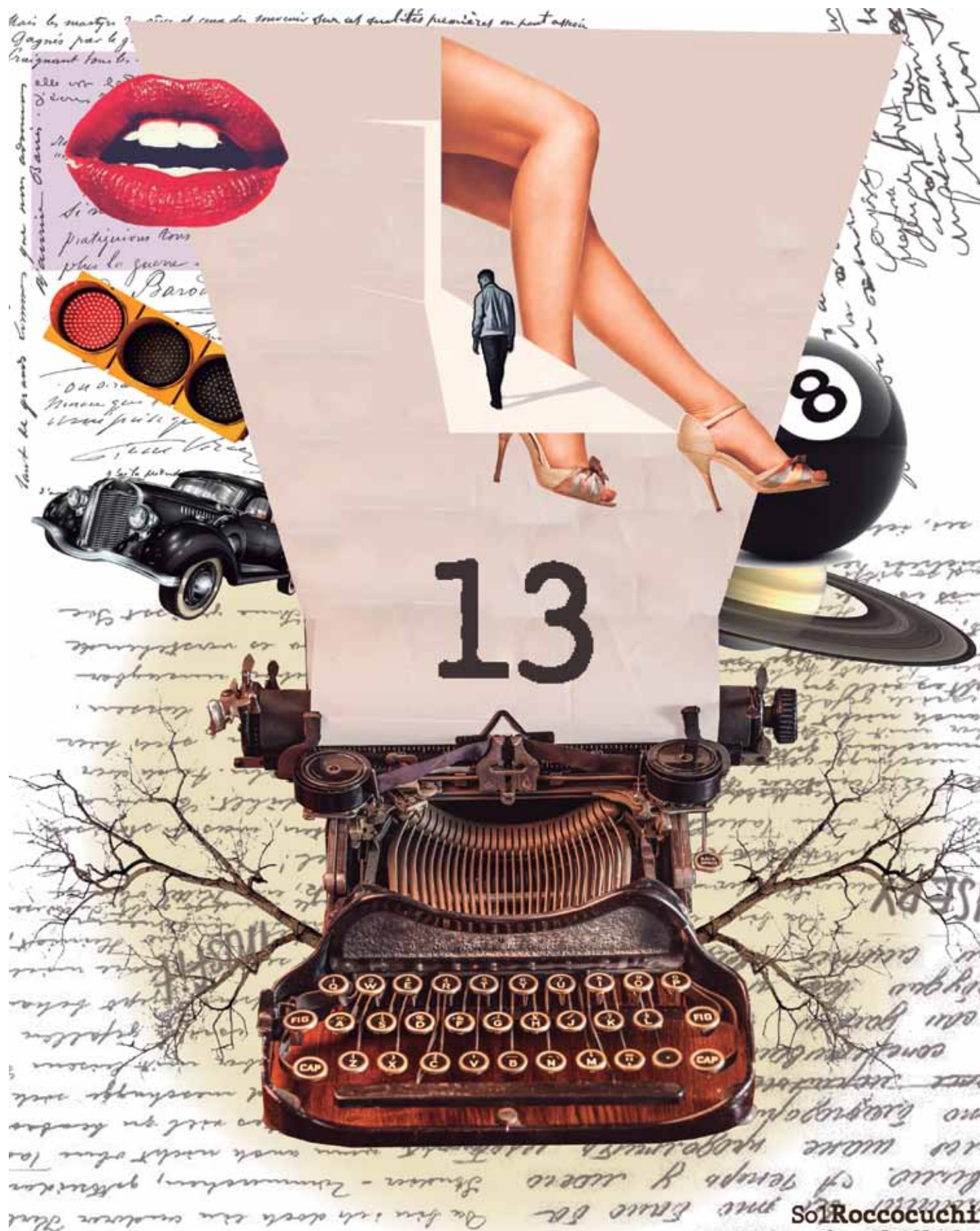
Trece

Eduardo Liendo

La máquina de escribir se ha detenido después de marcar el número 13. No lo esperabas. Salta de la página y se fija con dureza en la memoria. Para ti, nunca fue un número cabalístico, tampoco un signo de mal agüero. El 13 era el misterio. Está grabado en tu piel, no has podido eludirlo a pesar de tu actual semblante de adusta responsabilidad. El 13 era ese punto inquietante donde las mujeres del barrio aligeraban repentinamente el paso, como perseguidas por un reptil. El 13 lo pronunciaban los hombres en el billar entre obscenidades y carcajadas cómplices. Sin embargo durante el día tenía una atmósfera apacible y un decoroso aspecto: una pequeña casa azul, con una entrada de baldosas grises y un hermoso jardín de helechos, rosas blancas, rojas y cayenas. Tú esperabas impaciente el día que pudieras atravesar ese corto trecho que conducía a la puerta y descargar, por fin, la baba del diablo.

Estás aún ahí, con tus infantiles ojos de ave de rapiña, esperando a que ella llegue como todas las tardes y descienda del taxi. Al inclinarse para salir, te sobresaltan esos dos grandes senos que desbordan la blusa. La miras con codicia: eres un niño águila, o un niño zamuro. Solamente instinto. La miras ruinmente, (robando sus formas) cuando cruza el jardín y se pierde en el 13. Es la pelirroja Patricia (ya sabes su nombre de batalla) dicen que es siciliana. Ella, como todas las otras, viene arrastrando sus bellos demonios desde lejos: igual que la española Lolita, la falsa francesa Maribel, la pecosa Lota (nadie sabe de dónde vino, aunque alguna de las viejas del barrio asegura que nació en el fondo de un volcán). Todas son exóticas, hasta la cumanesa Rosario que se disfraza de dominicana, y la andina Sofía, que presume de ser uruguaya y universitaria. Ninguno de esos nombres las nombra.

Quieres tocar con tus uñas de buitres que ocultan bajo esas telas casi transparentes. Ahora, solo puedes masturbarte hasta reventar pensando en esas



SolRoccocuchi

VIENE DE LA PÁG 1

“

Cuando te despides de Pepe otro miedo regresa.

Ya es tarde.

Ojalá

que el viejo

no haya descubierto

lo de la cartera ”.

bocas rojas, esos blancos pies, que nadan como peces entre las sandalias doradas; masturbarte rabiosamente imaginando tactos desconocidos, ahogos, secretas contorsiones, infamias. Todo es posible en tu mente desenfrenada. Una noche después de muchos meses de mortificada espera, atraviesas temeroso el jardín (has hurtado el dinero de la cartera de tu padre). Eres un ladroncito, un pequeño culpable. No puedes dominar el miedo a pesar del efecto estimulante de las cervezas. Desde la barra del bar miras, ahora con ojos de perrito asustado, a la pelirroja Patricia. Se acerca la vieja cabrona (todavía no es *La Celestina*, no es literatura). ¿Tienes plata, carajito? Sí, sí, —dices avergonzado— y apuntas a Patricia con el dedo. Aquí tienes un cliente, corazón, parece que se está muriendo de las ganas.

Todo es demasiado rápido. Ya pasaste por la humillación de tener que pagar anticipadamente. Porque tú sabes mi cielo, aquí vienen muchos carreros a echar vaina. Tu mano suda entre su mano cuando te lleva hacia la habitación. Las rodillas flaquean miserablemente al llegar a la puerta. Cuando ella abre, dices cortésmente esa frase ridícula: Usted primero señorita. Y la ves estremecida por una risa irrefrenable, malvada, pero solo se interrumpe un momento para repetir balbuceante: Señorita ja, ja, ja. ¿Quieres decir que para ti soy una señorita? ...ja, ja ja. La ves desnudarse de manera impúdica, y luego te ayuda a quitarte el pantalón. Está a su lado mareado y torpe, ella misma coloca el pezón de su seno en tu boca babosa. Te acaricia el miembro debutante (gracias a ese santo se mantiene firme, como un soldado castigado). Pero cuando te invita a penetrar en su misterio húmedo, te explotas

presuroso en sus muslos. Eres un pobre gallito sin experiencia. Ella te maldice, y se ríe después de esa rapidez de botellazo. Te aparta, ya está bien, la próxima vez será mejor. Pero antes de salir, tú, con ese morbo romántico metido en la sangre, le regalas el bolígrafo rojo: para que todo no sea por plata. Patricia, para que me recuerdes con un poco de amor. Y ahora sí es verdad que no entiendes por qué se ríe así la desgraciada, por qué le suena a ella tan ridícula la palabra amor.

Estas libre, has crecido bastante en una sola noche. Junto al poste de la luz de la esquina, le cuentas a Pepe tu hazaña: tus tres tristes polvos, tus tres ardientes platos. Ese banquete que te diste con la pelirroja Patricia, que al final no te quiso cobrar de tanto que gozaron —mientes.

Cuando te despides de Pepe otro miedo regresa. Ya es tarde. Ojalá que el viejo no haya descubierto lo de la cartera. No pasa nada. Te encierras en el cuarto y la miras otra vez desnuda. Ahora sí puedes recorrerla como un entendido. Ya no se ríe la degenerada, se muerde la boca, gime, te clava las rojas uñas en la espalda, repite tu nombre y te llama mi amor. Ahora sí. Puedes continuar trabajando sin remordimiento. Nadie pone en duda tu gravedad de buen marido monogámico. El 13 que marcaste con la máquina de escribir, es un número inofensivo. Un signo sin importancia en ese inútil remitido.

Fin

Tomado de la antología *Eróticos, erotómanos y otras especies. Selección y epílogo Roberto Lovera de Sola. Ediciones Alfadil, Caracas, 1983.*

EL AUTOR



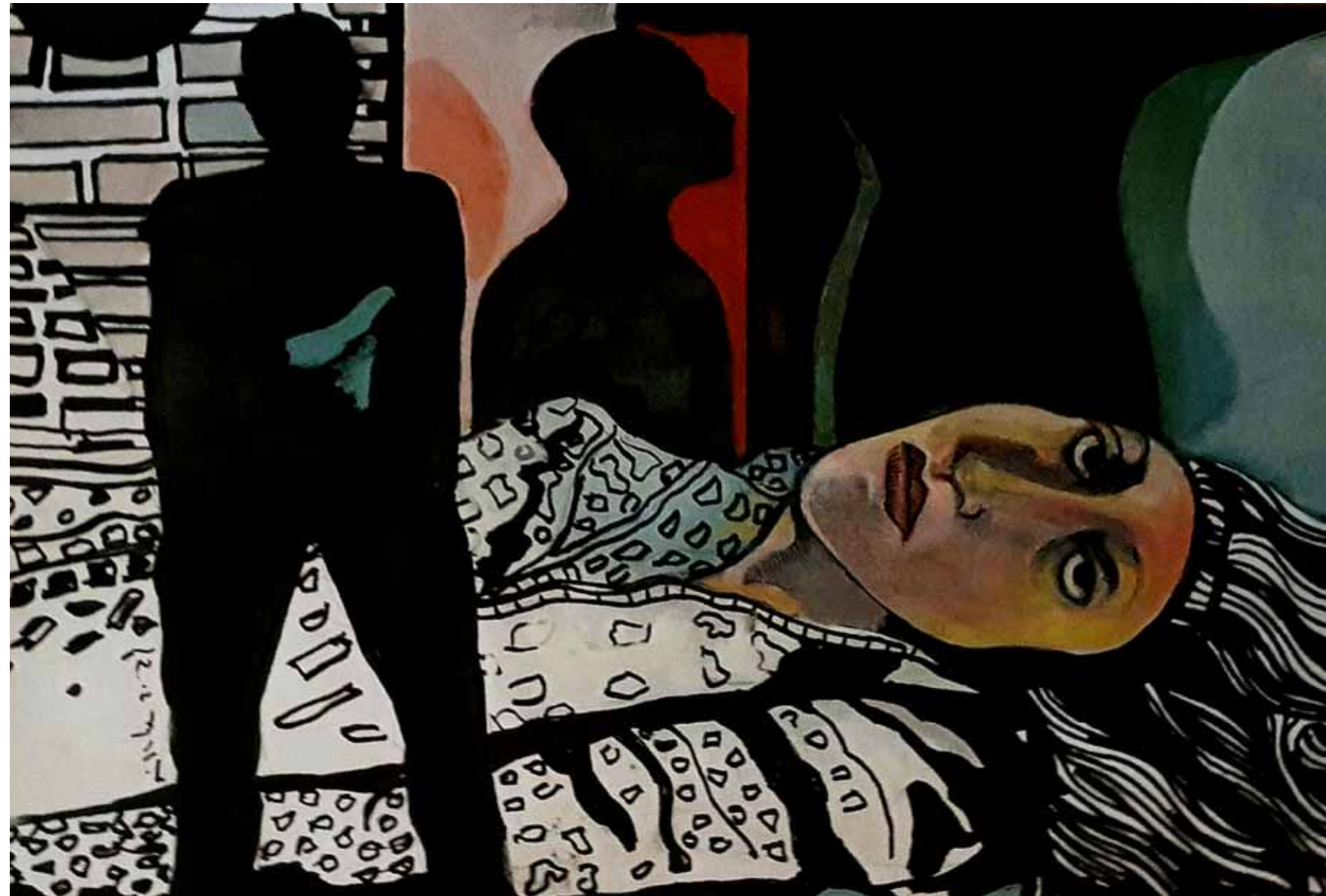
Eduardo Liendo

(Caracas, 1941). Estudió en el Instituto de Ciencias Sociales de Moscú, participó como profesor invitado de la Universidad de Colorado, Estados Unidos, y ha coordinado talleres literarios de narrativa en el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, Celarg, y en la Universidad Católica Andrés Bello. Entre sus obras podemos mencionar *El Mago de la cara de vidrio* (1973), *Mascarada* (1978), *Los platos del diablo* (1985), *Si yo fuera Pedro Infante* (1989) y *Contigo en la distancia* (2014). Ha recibido, entre otros, el Premio Municipal de Literatura (1985) y el Premio CONAC de Narrativa (1990).

Regiones indeterminadas

Desde aquí, desde mi propia perspectiva, domino la calle que se dilata y la sombra de aquel desconocido. Miro como la calle crece y se expande, pienso en mi hermana lejana y me siento libre de tocar lo vulnerable. Mi hermana estaba siempre expuesta, expuesta a todas las claridades y a muchas sombras. Tenía los ojos muy abiertos y en ellos se reflejaba todo el acontecer. Mi hermana tenía una perspectiva distinta de la mía o acaso era la misma y yo no la reconocía. Desde aquí puedo darle la espalda a mi fría perspectiva y gozar de una fresca tibia, mirar las sábanas apelonadas que guardan todavía algo de mi calor. Puedo pensar que las manos de mi hermana, aquellas manos aladas que se abrían y se cerraban en un vuelo fugaz, copiarían las complicadas maniobras que reflejaban sus ojos y alisarían las sábanas, las frazadas, estirándolas a todo el largo del lecho que bien podría ser lecho nupcial o lecho mortal. El amor y la muerte van muy juntos mas yo, desde mi propia perspectiva, los coloco a ambos en extremos opuestos y dejo entre los dos extremos un gran espacio por llenar.

Las manos de mi hermana correrían despaciosas las cortinas negándome la visión de lo lejano. Me encerrarían en la oscuridad y solo vería de mi hermana su largo traje blanco cuyos bordes tocaban el suelo. Pero yo sigo mirando el ángulo donde hace apenas unos instantes —el tiempo es un fluido que se escapa vertiginoso— se erguía la sombra de aquel desconocido. Yo lo vi detenido pensando que era aquella su posición definitiva, que allí podría soñar, rememorar las horas, evocar el olor de otros instantes, tan solo el olor que es acaso lo único que persiste en la misma semejanza ya que la forma cambia y el color es siempre otro, va adquiriendo tonos sombríos, ennegreciéndose, lenta o precipitadamente. El olor viene por ráfagas y nos llega intacto desde el fondo del tiempo. Mi hermana tenía un olor inolvidable. Muchas veces pensé que al aspirarlo me bastaría por toda una eternidad. Pero el olor pasa, se escapa rápido, más rápido que el viento, pasa relampagueante, sin apariencia corpórea, una presencia etérea, inalcanzable, y solo deja tras sí una estela invisible y el confuso rumor del tiempo removido. Estalla la evidencia de la inutilidad de todo intento de apresar las apariencias y lo que creemos intuir, lo que imaginamos descubrir, se esfuma ante el más pequeño roce, se deshace en infinitas volutas de una delicada voluptuosidad. Sin embargo, la apariencia es también realidad. Mi hermana escudaba bajo su apariencia —alta, erguida, soberana— una gran debilidad. La llevaba dentro como



hondo suspiro y ese aliento contenido, nunca abandonado, asomaba al borde de sus ojos en una luminosa humedad. Aquellos ojos que reflejaban sin piedad todo el acontecer. Mi hermana tenía gestos nobles y sabios. Los rodeos y digresiones le eran ajenos. Quizás ahora, en este momento en que he dejado atrás la penumbra acogedora y miro hacia adelante, hacia el ángulo vacío donde permaneció por un tiempo ilimitado o tal vez un tiempo infinito, aquel desconocido, donde acaso dejó algo o mucho de sí mismo, algún anhelo inconcluso, una trunca aspiración, el final o el comienzo de una espera, ahora, no puedo reconstruir con precisión ninguno de los gestos de mi hermana.

Todos se me escapan y solo llega hasta mí el resplandor de su sombra. Aquella sombra de mi hermana que la seguía fiel, sumisa, plegándose a su estatua y plegándose a su vez a las modificaciones que el devenir cierto o incierto de los días impone a toda sombra. Y siento crecer en mí como una desconocida lentitud, como si mi ritmo orgánico, el que se desprende de los continuos desplazamientos de la sangre, del aire, el aire que

“

Las manos de mi hermana correrían despaciosas las cortinas negándome la visión de lo lejano ”.

deja de ser aire al respirarlo, y aire y sangre forman una sola, obstinada unidad, aquella que transita infatigable en el interior de esa otra unidad complicada y simple que es mi cuerpo, como si ese ritmo oculto, que a veces se disloca en vibraciones, estuviese a punto de apaciguarse. Desde aquí domino por entero mi propia inmutable perspectiva. Me siento seguro de

mi mismo, una seguridad nunca sentida. Me adelanto para mirar detenidamente el ángulo donde se detuvo la sombra de aquel desconocido y de pronto me parece otro, distinto, y pierdo, repentinamente, mi recién adquirida serenidad, y comienzo de nuevo a agitarme, en el sitio que escapa a mi dominio, el que tengo que reconocer cada día, darme cuenta de sus inseguras dimensiones, recomenzar cada vez a acomodarme en él por un tiempo que imagino muy largo y está a punto de agotarse —pienso en mi hermana vulnerable, mi hermana y su gran debilidad— y de nada me sirve la posición que creí definitiva, quizás la misma que adoptara aquel desconocido cuya sombra parece que continuase detenida, a pesar de haber constatado su desaparición, en realidad no recuerdo haberla visto alejarse —pienso con insistencia en mi hermana lejana— pero quién sabe si ando equivocado en mi visión de lo real y todo no ha sido más que un sueño y el espacio que el sueño aprisiona no es el mismo que aprisiona la vigilia. Mi hermana no soñaba nunca pero hablaba de cosas que solo podrían darse en regiones indeterminadas. Nombtaba los objetos con

Antonia Palacios

A mis hijos Fernán y Elizabeth

nombres que no guardaban ninguna relación entre sí. Quizás tendrían una secreta, misteriosa relación que a mí se me escapaba. Se expresaba en palabras destinadas al olvido y dibujaba en el vacío trazos infinitos. Hablaba en imágenes, imágenes desprovistas de toda significación, las cosas se significaban al nombrarlas mi hermana y la sustancia que de las cosas se escapaba salía a la luz, y ella, mi hermana, con su largo traje blanco que barría el polvo de los suelos, en medio de ese irrumpir inesperado de cosas significadas, de pronto...despertaba. La realidad es solo producto de los sueños, en la vigilia los sueños se corporizan y se vuelven otros. En mi hermana la vigilia era distinta. Nunca supe cuando estaba despierta o acaso andaba siempre dormida, caminando en sueños. Se movía, seguida de su sombra, y si alguna vez mi hermana titubeaba, la sombra zozobraba. Tocaba las cosas y las cosas eran otras. Alineaba las sillas, desplegaba los manteles, llenaba las jarras hasta los bordes, el agua se detenía en un límite inabordable, y las copas se refulgían entre sus manos. Iba y venía en medio del íntimo desorden de lo cotidiano y en ese ir y regresar continuo parecía que en ella se cumpliera una simbólica tarea. Los símbolos pueden traicionarnos si nos empeñamos en descifrarlos.

Tal vez por eso nunca intenté buscar interpretación a los símbolos de mi hermana. Los miraba enigmáticos, deslizarse a todo el largo de las estaciones, y miraba como acababan por detenerse en una impercedera, única estación. Blanca, abierta, que anulaba los colores. Era entonces cuando se iniciaba el combate de los reflejos, la batalla de las irradiaciones. Nunca he podido ubicar a mi hermana en ningún tiempo. No pertenece a lo ya vivido, ni a este tiempo que yo vivo sin saber que estoy viviendo, ni tampoco a aquel que ha de llegar, inexorable, fatalmente para todos. Estaba fuera del tiempo o tal vez aposentada en el tiempo. Al margen de la muerte. Celebrando la muerte. La muerte como una fiesta. Una fiesta solemne y memorable. Me inclino aún más, mucho más hacia adelante, ya sin miedo al vacío. Me inclino desde mi nueva perspectiva, muy distinta de la de mi hermana, y miro, miro con una visión muy mía, una visión que me pertenece por entero, miro la sombra de aquel desconocido que ahora se destaca nítida, inconfundible. La miro como si estuviese muy cerca pero sé que está muy lejos, más allá de mí mismo, de todo lo que alcanzo, las espesas cortinas que las manos de mi hermana corrían y descorrían en un juego de luz y de tiniebla, más allá de los bosques, de los mares, de lejanos desconocidos conti-

VIENE DE LA PÁG 3

entes, donde quizás, mi hermana había depositado sus deseos y ahora estarían crecidos, crecidos y sin memoria. Alguien pasa vacilante muy lejos de la calle. La calle que se ha expandido tanto que ha perdido sus límites. Alguien pasa, irreconocible, acaso por tanta lejanía, por tanta bruma líquida, deshecha, que todo lo ha cubierto. Yo voy retrocediendo lentamente, en medio de una inmovilidad que se traduce en movimiento. El miedo y la cobardía coexistiendo. Miedo a tocar mi sombra. Ya no quiero mirar hacia el sitio donde alguien está quizás agonizando, o quién sabe si ya habrá muerto. Lejos queda el sol ennegreciente, el subido crepúsculo, los rumores dormidos, el silencio. El espeso silencio de la noche. Ya no hay más que sombras, y la tibia frescura solo presentida, y la forma muy difusa de las sábanas que ya han perdido mi calor. Pienso en mi hermana distante. Pienso en mi hermana perdida...

Fin

Tomado de la antología *Las mujeres cuentan*. Selección y prólogo Cristina Guzmán. Libros de hoy, *El Diario de Caracas*, 1980.

LA AUTORA

**Antonia Palacios**

(Caracas, 1904-2001). Poeta, novelista y ensayista. Tuvo una sólida formación intelectual consolidada bajo la guía de su madre, Isabel Caspers, sobrina de Ezequiel Zamora, quien la aproximó a los libros y al arte. Obtuvo el Premio Nacional de Literatura en 1976. Destacó por su obra dedicada al mundo de la mujer y la sociedad de su tiempo. Entre sus publicaciones destacan su primera novela, *Ana Isabel, una niña decente* (1944), *Viaje al frailejón* (1955), *Los pasos de la lluvia* (1955), *El largo día ya seguro* (1975), donde aparece el cuento que aquí se publica, y *Textos del desalojo* (1973). Fundó el taller literario Calicanto en 1978.

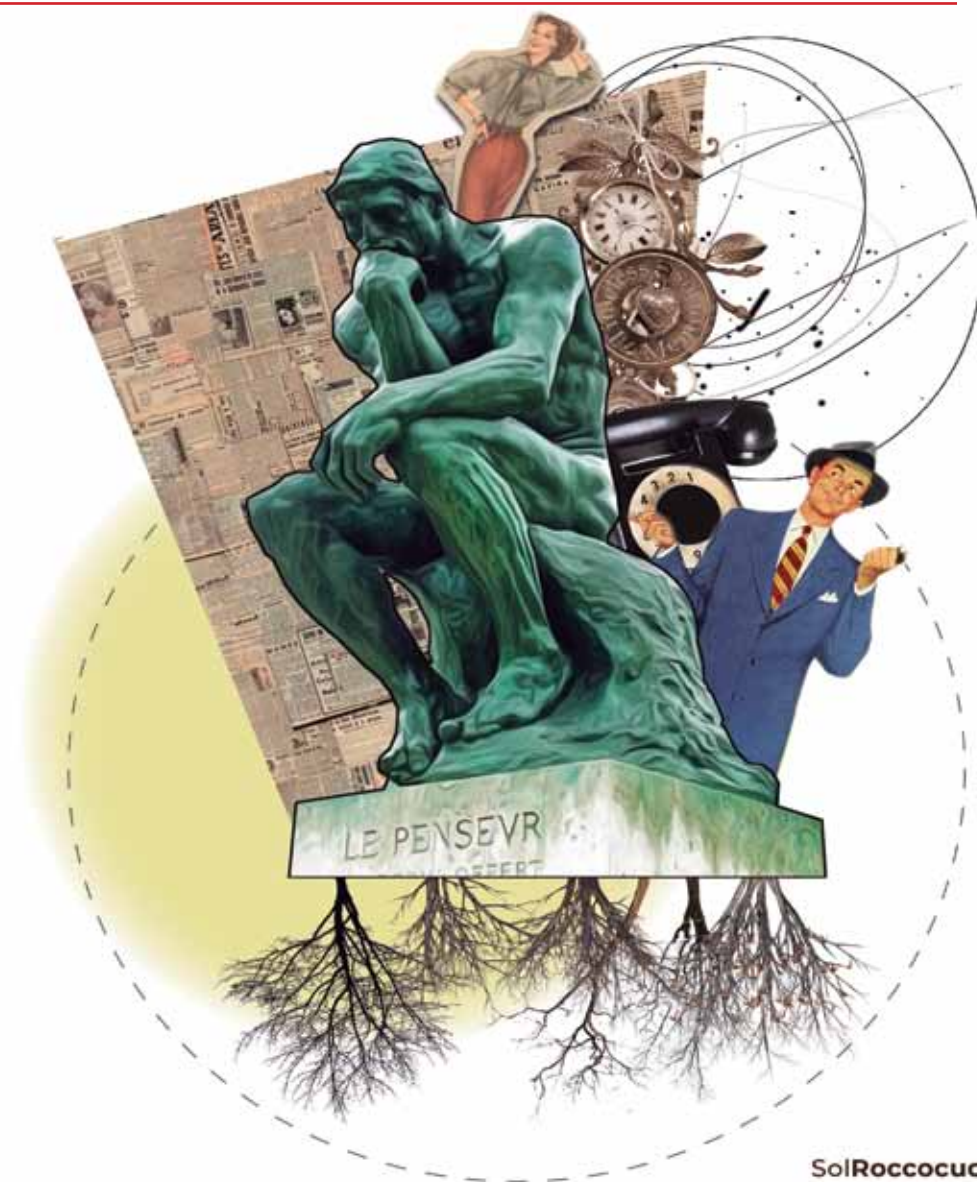
Lo más difícil

Jesús Puerta

Lo más difícil no fue tomar la decisión. Ir cerrando cada trinchera donde el ánimo consiguiera parapetarse, lanzar explosivos a los refugios, quemar la última vela, el más moderado de los optimismos, reventarse los brazos tratando de levar las anclas o, como último recurso, cortar los mecates y las cadenas. Vencer con una decisión digna de una causa magnífica, todo lo que pudiera ofrecer resistencia. Matar cualquier ilusión porque ya su manto había sido roto por la última decepción cotidiana, precio, existencia, asalto. Ir con la cabeza rotando, dando vueltas sobre sí misma, revisando uno tras otro los argumentos, sopesando las razones, el tono ansioso de Toño, la insistencia de Matilde como un martillo cayendo una y otra vez sobre las últimas cenizas de su sonrisa. Darle patadas a la esperanza porque ya no era bienvenida por mentirosa y cansona. Rehuir a González con su enfermiza visión de mejoramiento. Callar esas inexplicables ganas de golpear, de morder, de gruñir, a Esteban y Javier, que seguían alimentando un pajarito preñado que, según, había hecho nido en el barrio.

Tampoco fue lo más difícil madrugar y plantarse en esa infinidad de colas frente a taquillas despiadadas. Soportar el dolor del ciático, esa tortura espantosa que le recorre puntual desde la cintura, pasando por la nalga, bajando al muslo hasta terminar en el pie, haciéndole gemir. Revisar una y otra vez los papeles. Conseguir los reales para pagar la diligencia, conseguir el efectivo para los pasajes, caminar quién sabe si tres, seis, diez kilómetros, para sorprender el amanecer que ya es la mitad de su día, en realidad, y no el principio, que es hace rato la oscuridad. Aceptar que todavía falta un detalle, que se colocó mal un dato, que hay que sacar otra fotocopia. Volver a revisar una y otra vez los requisitos y descubrir que ni siquiera se está en el comienzo del fin. Ni siquiera se vislumbra el comienzo.

No fue demasiado difícil tampoco arreglárselas para arrancar con toda esa gente, las mismas caras cansadas, la misma miseria, el hambre, mantenerse despierta como la desgracia, suspirar porque el aire no alcanza para el estómago y el alma. Cambiar del bus a los camiones, y de estos a otros. Total, ya lleva años siendo ganado en camiones, carga humana



SolRoccocuchi

de desecho, cosa agotada con dolor de cabeza, sudor amargo que forma espesas conchas de hedor, restos de algo que fue una mujer resistente y trabajadora que ahora solo se sostiene por el resquicio de una nueva esperanza, una chiripita apenas, una grieta en la noche cerrada.

La muchedumbre en la frontera, los gritos y los empujones, alguna ráfaga, algún silbido de balas que acariciaron su aliento. Nada de esto era tan difícil. Ya había llegado hasta aquí y faltaban pocas cuerdas, pocos metros, un pedacito, para cruzar la raya y estar allá.

Tampoco fue difícil llegar a lo desconocido. Dar una batalla cada día, sin estrategia frente a esas miradas y esos desprecios. O hacer la mañana como una sombra. O llegar a la tarde como una ruina. O, a la noche, como un trapo tirado en la acera. Ver morir cada soldado de su voluntad. Ir de allá para acá preguntando, solicitando, cada vez más pequeña,

cada vez más hormiguita expuesta a que venga un desprevenido y la pise.

Lo más difícil es esta tristeza que la paraliza, que la hunde, que la pulveriza y la licúa. Lo difícil es ahora estar lejos o no estar definitivamente, como cuando uno se muere. Lo difícil es acordarse y sentir que el recuerdo era al final su vida.

Fin

EL AUTOR

Jesús Puerta

(La Guaira, 1956). Comunicador social. Doctor en Ciencias Sociales. Profesor de la Universidad de Carabobo. Es

articulista, ensayista y narrador. Ha publicado: *Un bello crimen* (2006), *I love k-pucha y otros relatos* (1994), *Interpretar el horizonte. El sentido ético y político de la militancia* (2014) y otros libros de cuentos y ensayos.

